



ADUR

UNA GRIETA EN EL EQUILIBRIO

ADUR

UNA GRIETA EN EL EQUILIBRIO



LUCAS CASTRO



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre de 2026

Depósito legal: SE 3840-2026

ISBN: 979-13-7067-067-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Lucas Castro

© Ilustración del mapa: Andrea González Romero.

© Ilustración de portada: Octavio Matínez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

DEDICADO

A aquellas personas cuya realidad nunca encontraron reflejada en sus historias favoritas.

A quienes alguna vez echaron de menos verse entre sus páginas, tal y como eran.

Ojalá entre estas páginas encuentren un pequeño lugar al que sentir que pertenecen.

PRÓLOGO

El Palacio Gris, con sus cinco torres de piedra del color que le da su nombre, se alzaba majestuoso en lo alto de un acantilado rodeado por un mar embravecido, inquieto, como si percibiese que algo estaba a punto de ocurrir. El aire estaba cargado con una humedad pesada que agotaba solo con respirarla.

Tras sus murallas, más allá de patios silenciosos y pasillos custodiados por estatuas de mármol blanco, se hallaba un templete circular soportado por columnas de ónice, cada una tallada con antiguos relieves de fuego danzante, como si las llamas hubieran quedado atrapadas en la piedra. En el interior se ocultaba una escalera que profundizaba en la tierra sirviendo de entrada a una bóveda fuertemente custodiada y protegida por diferentes hechizos. Ahí dentro, bajo varios metros de tierra, se ocultaba la Sala del Fuego: hogar de la piedra del fuego, fuente de una magia ancestral muy poderosa.

Al descender por las escaleras el aire se condensaba, dificultando la respiración a cada paso que se daba entre aquellas paredes oscuras. Su aroma como a hierro candente penetraba en los pulmones produciendo un gran ardor que, de permanecer demasiado tiempo en aquel lugar, podría acabar con la vida de cualquier intruso. Esta era una de las primeras barreras mágicas que protegía lo que allí se custodiaba.

Un largo pasillo excavado en la piedra daba paso hasta una gran puerta de hierro forjado con el símbolo de una llama amenazadora en el centro que cerraba el paso al interior de la Sala

del Fuego. Las antorchas que iluminaban el pasaje provocaban que las vetas rojizas en las paredes pareciesen pulsar suavemente al ritmo de una energía antigua que pululaba vigilante. Una decena de magos de fuego, los únicos capaces de soportar aquella atmósfera tóxica, custodiaban aquellos túneles. Vestían casacas de lino rojo, bordadas con hilos de oro y con los puños encendidos por símbolos de fuego: un círculo quebrado rodeado de lenguas flamígeras. No hablaban, no se movían.

Tras la pesada puerta metálica, otras cuatro columnas de ónice, similares a las de la entrada, sostenían una bóveda baja cubierta de mosaicos que representaban la guerra de los elementos. En el centro, sobre una base de mármol negro en forma de llama, reposaba una esfera de cristal en cuyo interior se encontraba la Piedra del Fuego, latiendo como un corazón radiante. Dos magos de rango superior guardaban el interior de la sala.

La guardia nocturna no solía presentar sobresaltos. En siglos, nadie había osado acercarse a aquel lugar. Pero esa noche algo cambió. Una extraña corriente de aire se deslizó por la Sala del Fuego provocando que uno de los magos que la protegía rompiera el silencio.

—¿Has sentido eso? —musitó, frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Un cambio. Como si el aire... temblara.

—No he sentido nada.

El mago no se quedó del todo tranquilo, no obstante, "*habrá sido una corriente de aire*", pensó restándole importancia.

La brisa volvió a irrumpir en el lugar con mayor fuerza haciendo temblar con violencia las llamas de las antorchas.

—¿Has visto eso? —volvió a preguntar el mago tensionando cada músculo de su cuerpo mientras adoptaba una pose defensiva.

Su compañero asintió con gesto grave, justo cuando otra ráfaga de viento atravesó la sala. No procedía de puerta alguna, ni de ninguna grieta en la piedra. Era como si el espacio mismo hubiera exhalado.

Y entonces, una sombra se deslizó por las paredes sin emitir sonido alguno. Se contrajo para luego elevarse. Una figura encapuchada emergió justo frente al pedestal, como nacida de la misma piedra. Ocultaba su rostro bajo una capucha oscura. De su pecho colgaba un amuleto con un emblema prohibido: el Signo del Caos, una serpiente enroscada en torno a un ojo abierto.

Los guardianes se adelantaron sin vacilar. De sus manos brotaron chispas y llamas amenazantes. Uno de ellos extendió ambas palmas hacia adelante. Un chorro de fuego anaranjado salió disparado como una lanza.

Pero la figura alzó una sola mano. El fuego se deshizo en el aire, absorbido por su palma con un sonido parecido a un suspiro. Ni un gesto. Ni una palabra. Solo una magia oscura y más antigua que la suya.

El segundo mago intentó conjurar una barrera de calor para proteger la piedra, pero el encapuchado se movió más rápido. Abrió ambas manos y una onda oscura se propagó por el lugar, lanzando a ambos magos contra las paredes dejándolos inconscientes. La sombra posó sus manos sobre el pedestal, pronunció unas palabras ininteligibles en una lengua prohibida. Las runas que protegían el pedestal parpadearon antes de apagarse una por una como velas al viento.

La esfera de cristal se resquebrajó desde dentro, como si algo estuviera intentando escapar de su interior.

El encapuchado habló de nuevo, su voz sonó hueca como si viniera de un pozo profundo.

—El equilibrio se ha roto —dijo mientras una terrible sonrisa se dibujaba en sus labios.

Apoyó ambas manos sobre el cristal agrietado. La Piedra del Fuego comenzó a temblar, primero con suavidad, luego violentamente. Una vibración profunda sacudió toda la sala. El pedestal crujió y en el suelo se abrió una grieta incandescente, expandiéndose como una red de luz por el mármol. El techo vibró con violencia y una losa se

desplomó con estrépito. El mosaico superior estalló, dejando caer fragmentos de aquel hermoso decorado y mucho polvo ardiente sobre los cuerpos de los guardianes que yacían inconscientes.

El intruso tomó la piedra con ambas manos. Su luz roja ardió aún más fuerte por un instante y entonces todo se detuvo. Silencio. El intruso abrió la pesada puerta con un gesto de sus manos, con tranquilidad. Atravesó el pasillo donde los guardias que lo custodiaban se encontraban inconscientes en el suelo.

Subió las escaleras para salir del templete, calmado, sin prisa.

Una vez al aire libre, se quitó la capucha, dejando ver un rostro de extraña belleza, con mandíbula marcada, ojos claros y pelo blanco. Respiró profundo, con orgullo. Agarró la piedra en su puño derecho y lo alzó amenazante. De la piedra brotó un rayo rojo que se elevó en el cielo iluminando la oscuridad de la noche. Entonces lo sintió.

Algo más había despertado.

Rio con malicia, sin embargo, fue interrumpido por el ruido de soldados aproximándose a toda velocidad. Volvió a colocarse la capucha, volviendo a su forma de sombra y, como tal, se desvaneció en la oscuridad de la noche.

Muy lejos de allí, en otro mundo, un muchacho dormía ajeno a todo lo ocurrido en la Sala del Fuego. Llevaba un pequeño colgante de forma peculiar: unas cuatro esferas que envolvía un símbolo diferente cada una: una llama, una hoja, una gota de agua y un remolino, conectados entre sí por un círculo que envolvía una piedra central transparente. La piedra central del símbolo brilló con un blanco intenso por unos instantes.

Adur despertó bruscamente, como si emergiera de un sueño ajeno. Se incorporó en la cama entre jadeos y empapado en sudor, sin saber que algo dentro de él acababa de despertar.

CAPÍTULO 1:

VUELTA A CASA

La estación de trenes de Santa Justa hervía en su ajetreo habitual. Trenes que iban y venían, maletas rodando, voces que se cruzaban en el aire; así como el sonido de la megafonía anunciando a los pasajeros despistados la inminente salida de sus trenes rumbo a sus diversos destinos. Algunas personas se concentraban en las pequeñas tiendas de regalos y comestibles, comprando cualquier cosa que les amenizara el viaje; los olores de las cafeterías y restaurantes impregnaban cada palmo del vestíbulo de la estación, y así, día tras día en un ciclo que se repetía inquebrantable.

Allí, en aquel frenético lugar, esperaba la llegada de su tren un chico de veintidós años, Adur, de complexión normal, ni demasiado fuerte ni demasiado delgado, de piel morena. Tenía los ojos marrones y pelo caoba, apenas le crecía barba, lo que le confería un rostro un poco aniñado. Era principios de verano. Adur vestía unos vaqueros cortos y una camiseta de manga corta blanca. En su hombro izquierdo colgaba un pequeño maletín donde guardaba su ordenador portátil. Entre sus dedos de la mano derecha sujetaba un amuleto que colgaba de su cuello.

Esperaba el tren de vuelta a casa mientras caminaba de un lado a otro inmerso en sus pensamientos. Acababa de exponer su trabajo final de sus estudios. No obstante, no paraba de darle vueltas a la pesadilla que tuvo hace tres noches y la sensación extraña con la que se despertó. Desde entonces le estaba costando mu-

cho concentrarse. Había empezado a dormir mal. Se lo atribuía a los nervios por la exposición. Separó un poco el colgante para observarlo con intriga. «Juraría que el colgante estaba brillando la otra noche».

El sonido de la megafonía le devolvió a la vida real, su tren estaba llegando. Se subió en el vagón y sus pensamientos volvieron a esconderse hasta llegar a casa. Paseó por los pasillos del vagón buscando el número de su asiento. Hizo un giro brusco hacia atrás para comprobar los números que se encontraban casi a la altura de sus ojos. Al girarse, golpeó sin querer a un hombre que había tras él.

—Perdone, no le había visto. Estoy buscando mi asiento.
—Adur se puso nervioso ante su torpeza y balbuceó unas disculpas.

El hombre ni siquiera respondió y siguió su camino en busca de su plaza. Cuando pasó de largo, Adur volvió a comprobar los números de los asientos hasta que localizó el suyo en la zona de mesas del vagón, junto a la ventana. Se sentó y dejó sus cosas en el asiento vacío a su lado. Durante los viajes en tren, Adur se perdía entre auriculares y novelas de fantasía. Esos libros lo arrastraban a mundos imposibles, repletos de criaturas mágicas y aventuras inolvidables.

El viaje transcurrió con normalidad, con los retrasos habituales de la compañía de trenes y con los ruidosos pasajeros que acostumbraban a subirse en el mismo tren que él.

Adur miraba por la ventana mientras escuchaba música, a la vez que movía los labios siguiendo las letras de las canciones. Alguien pasó por su lado y se sentó en los asientos de mesa del lado contrario. Adur no prestó atención, seguía inmerso en sus canciones mientras canturreaba sin emitir sonido. Su teléfono resbaló y cayó al suelo, Adur se apresuró a cogerlo. Al subir la mirada se fijó inconscientemente en el chico que acababa de ocupar un asiento al otro lado del vagón.

Era un chico de unos veinticinco años, con una apariencia un tanto inusual. Podría medir en torno al metro ochenta y se podía apreciar un cuerpo trabajado en el gimnasio, pero sin ser excesivamente voluminoso. Era de tez clara, tenía el pelo corto y negro, la mandíbula ligeramente marcada a la vez que lucía unos rasgos finos y barba de dos o tres días. Sus orejas eran poco corrientes: eran extremadamente puntiagudas. Llevaba puestos unos pantalones ceñidos oscuros y una camiseta verde hierba.

El chico se encontraba ausente, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. A pesar de la apariencia del misterioso joven, no fue eso lo que llamó la atención de Adur; lo primero en que se fijó fue en el verde de sus ojos que jamás había visto. Le conferían un aura profunda y misteriosa. No podía dejar de mirarlos, parecía hechizado, tanto que le pareció ver destellos dorados que le obligaron a agitar la cabeza, pensando que había visto mal. Al volver a mirar al chico, se encontró con sus ojos penetrantes mirándolo fijamente, escudriñando cada gesto de Adur, que inmediatamente apartó la mirada y se incorporó nervioso en su asiento intentando disimular y deseando que el joven no se hubiese percatado de su cara de bobo al contemplarlo.

Adur miró de reojo al chico que seguía mirándolo, pero no a él precisamente, parecía que se había fijado en el colgante que llevaba Adur.

El chico dejó de mirarlo y volvió a sumirse en sus propios pensamientos. Adur se llevó una mano al pecho instintivamente agarrando su colgante, como si tuviera que protegerlo. «¿Por qué se ha fijado en esto?». Era un colgante de su padre que siempre llevaba como un recuerdo, pero no pensó jamás en que pudiera tener más valor que el sentimental.

La voz de megafonía volvió a sacarlo de sus pensamientos. Había llegado a su parada. Salió corriendo, casi saltando del vagón. Las puertas del tren se cerraron bruscamente tras él, casi pierde su parada. «Por los pelos». Una vez en el andén, observó unos

segundos como el tren seguía su recorrido, pensando en aquel chico de ojos esmeralda.

A la salida de la estación lo esperaba su hermana mayor, Lea. Era dos años mayor que Adur. Tenía el pelo de un color caoba, como su hermano. Era alta y bastante guapa, también de piel morena.

Esperaba apoyada sobre un Citroën C4 verde agua.

Al verse, ambos corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron celebrando que su hermano había acabado la carrera de enfermería.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Cómo fue la presentación? —preguntó Lea emocionada.

—¡Genial! ¡Quedaron boquiabiertos! —respondió Adur animado.

—¡Perfecto! ¡Tenemos que ir a celebrarlo! Mis amigos y yo vamos a salir esta noche por el centro, ¿te vienes con nosotros? —preguntó nuevamente Lea.

—¡Claro! Qué mejor forma que celebrar el fin de carrera que con mi hermana y sus amigos —dijo Adur en tono irónico—. Muchas gracias, Lea, pero esta noche ceno con mis amigos. Si se alarga la noche nos vemos en Eureka Club. Verás a los chicos que hace tiempo que tienen ganas de salir contigo. Dicen que eres más divertida que yo —dijo Adur fingiendo tristeza.

—Pero eso no es nada nuevo, y lo sabes, enano —siguió Lea con la broma—. Está bien, allí nos veremos, pero no te pases bebiendo, que te conozco.

—No te preocupes, llegaré solo lo suficiente tocado como para soportar a mi hermana, prometido. Jajaja.

—Eres un caso perdido, ¿qué hemos hecho para merecernos semejante castigo? —dijo Lea mientras alborotaba el pelo de su hermano.

—Habéis tenido que hacer algo realmente espectacular para tenerme como premio —corrigió Adur mientras se señalaba a sí mismo.

—Anda, vamos, idiota, mamá te está esperando. Está más nerviosa que Fenrir cuando lo sacamos a pasear —dijo Lea mientras ambos se subían al coche.

Lea y Adur siguieron hablando durante todo el camino de sus trivialidades, eran unos hermanos de lo menos corrientes. Se lo contaban todo, mantenían una relación entre hermanos de las que se envidian. Adur le habló a Lea acerca del chico que había visto en el tren y de su extraña apariencia.

—¿Te has enamorado en el tren? —dijo su hermana dándole un toquecito con el codo sin despegar las manos del volante.

—No seas idiota, ¿cómo me voy a enamorar de alguien que he visto cinco minutos? Es solo que... no sé. Tenía algo... enigmático.

Lea le dio un pequeño empujón y siguieron hablando con normalidad.

Llegaron a un barrio donde los edificios no tenían más de dos o tres plantas, una zona tranquila donde criar a una familia. El coche pasaba por amplias calles con naranjos cada dos metros y de vez en cuando algún que otro jardín donde había pequeños parques infantiles, que a esas horas estaban vacíos debido al calor que hacía en la calle.

Paró el coche frente a una casita de dos plantas típica andaluza, con sus paredes blancas, sus balcones llenos de flores y sus tejados de tejas anaranjadas. Tenían garaje propio, al cual accedieron directamente una vez se abrió la puerta. Se bajaron del coche y salieron a un pequeño jardín delantero donde el primero en saludarles fue un perro de raza border collie con el pelaje gris con manchas negras con apariencia de lobo, pero con el comportamiento de un peluchito de algodón. Los recibió saltando sobre los brazos de Adur. Fenrir no dejó de lamerle la cara como bienvenida, entre las risas de Lea y los aplausos de enhorabuena de una mujer que los esperaba impaciente desde la puerta de la casa.

Se llamaba Helena, era la madre de Adur, tenía cuarenta y siete años. Era un poco más baja que su hija Lea, pero tenía el mismo color de pelo caoba, pero con vetas blanquecinas de las primeras canas que comenzaban a pintar su cabello. Helena era profesora de Historia en la universidad, además, se dedicaba a la investigación en el área de la arqueología. Una mujer tan brillante como afable. Pero que no os engañe, pues, era tan brillante como tarambana. Siempre andaba de bromas con sus hijos como si de sus mejores amigos se trataran, pocas eran las cosas que los tres no pudieran hacer juntos.

Helena bajó los escalones que daban al jardín, impaciente, por saludar a sus hijos. Primero le dio dos besos y un abrazo a Lea y luego, cuando Adur consiguió bajar a Fenrir de sus brazos, lo agarró con la misma fuerza que un oso.

—¡Mamá, ya está, suéltame, no puedo respirar! —dijo Adur que empezaba a ponerse rojo por la presión que hacía su madre.

—No puedo, estoy muy orgullosa de ti, mi pequeño saca sangre —bromeó Helena.

—¡Mamá! No me llames así —fingió enfado Adur.

—Es broma, hijo, aunque ya tengo ganas de ver quién será tu primera víctima —siguió bromeando. Su broma fue apoyada por la risa de Lea.

—Venga, hermanito, vamos dentro que tenemos que prepararnos. ¿A qué hora te irás con tus amigos?

—No lo sé aún, ya sabes cómo son, decimos una hora y aparecen una más tarde —logró decir Adur, mientras su madre no le soltaba—. Venga, mamá, déjame ya.

—Está bien, está bien. Id a prepararos —Helena soltó casi con disgusto a su hijo.

Ambos corrieron hacia el interior de la casa perseguidos por Fenrir.

—¡No bebáis demasiado! —gritó su madre mientras ellos corrían hacia el interior de la casa—. ¡Avisados quedáis! ¡Aquí envidias las justas!

Helena se quedó en la entrada acariciando a Fenrir que había vuelto a su lado, recreándose en su orgullo por los dos hijos maravillosos que había traído al mundo. Sin embargo, ese orgullo se tornó en melancolía al recordar a su marido que falleció cuando Adur tenía doce años. «Ojalá estuvieras aquí». Su padre era arqueólogo de reconocimiento mundial. Había muerto en un accidente en una expedición en el desierto sirio, o eso es lo que decían los informes oficiales, ya que nunca se aclaró el motivo del accidente ni pudieron encontrar el cuerpo. Pero no era día para la tristeza, era momento de celebración.

Entró en la casa y se puso a terminar la tarta que estaba haciendo para su hijo, como ya hiciera cuando Lea se graduó en arqueología, como su padre. Entró a una cocina amplia recién reformada. Sobre la isla había un gran bizcocho de chocolate y a su alrededor estaba repleto de utensilios para cocinar. Helena era una gran cocinera, pero poco dada al orden. Mientras tanto, en el piso de arriba no paraban de oírse ruidos y las voces de Lea y Adur que se peleaban por ver quién entraba primero al baño para prepararse para la noche. Finalmente fue Lea, aludiendo a su tardanza, la que consiguió hacerse con el baño.

Helena siguió a lo suyo, cogió una manga pastelera y comenzó a decorar el bizcocho con crema de queso y vainilla de color azul por uno de los colorantes que había usado. Comenzó a escribir sobre el bizcocho y al acabar se podía leer «Te queremos, pequeño saca sangre». Helena se descubrió a sí misma esbozando una pequeña sonrisa al imaginar la cara de su hijo al leer aquello. Al acabarla, tapó el pastel y se fue al salón a descansar un poco. Había tenido un día duro en el trabajo.

Mientras tanto, Adur se quedó en su cuarto preparando la ropa para la fiesta; sacó del armario una funda negra, abrió la

cremallera y retiró el envoltorio dejando ver un traje de chaqueta verde botella. Lo dejó colgado sobre una de las puertas del ropero.

Luego sacó una camisa blanca de corte ceñido, a la vez que cogió una cajita con los complementos que acompañaban a su vestuario; una corbata fina negra y un reloj plateado. Una vez dejó todo fuera, listo para ponérselo, se quedó observando a pocos metros el conjunto, como si no estuviera del todo conforme. Se resignó y se tumbó en la cama.

Eran las cuatro y media de la tarde, había estado varias semanas preparando su exposición y se encontraba realmente cansado. Cerró un momento los ojos y tardó pocos minutos en quedarse dormido.

Cuando los abrió se encontraba en un lugar sombrío, no era su dormitorio. Estaba rodeado de fuego y un cielo oscurecido por el humo, el polvo y la ceniza. Él se encontraba arrodillado en el suelo que estaba cubierto por un enorme charco de sangre. En sus brazos sujetaba el cuerpo sin vida de un chico sin rostro. Las lágrimas corrían por sus mejillas manchadas de ceniza formando ríos negros que desembocaban al borde de su mandíbula justo antes de caer lentamente engrosando el charco de sangre a sus pies.

Miró hacia el cuerpo que portaba en sus brazos intentando averiguar de quién se trataba, luego levantó la cabeza y vio una figura tenebrosa que se alzaba a unos metros de él. Parecía un hombre, con el pelo y los ojos claros como el hielo. Era lo único que podía ver de su rostro. Ese hombre le hablaba con voz tétrica, casi susurrándole.

—Esto es lo que pasa si no te unes a mí.

Adur gritó furioso ante las palabras de aquel ser oscuro y su cuerpo estalló en llamas descontroladas, como un volcán en erupción. Alzó su brazo en dirección a aquel ser maligno y lanzó un cañón de fuego hacia él. La luz desprendida del foganazo consumió la oscuridad por un instante y luego, vuelta a la oscuridad, ya nada quedaba allí.

Adur se despertó bruscamente bañado en sudor y con el pulso acelerado. Miraba a todos lados buscando nervioso a aquel personaje oscuro que se había aparecido en sus sueños y al que había atacado con fuego. Tras comprobar que estaba en su dormitorio, comenzó a relajarse poco a poco. Pensó en la pesadilla que había tenido la noche anterior; «Otra vez la misma pesadilla».

Adur se llevó la mano al pecho, extrañado. El colgante desprendía un calor anormal. Se lo quitó y lo sostuvo frente a sus ojos, observándolo. Hizo un gesto despreocupado con los hombros y se lo volvió a colocar.

Culpó al excesivo calor que hacía aquellos días en Sevilla de provocarle pesadillas con el fuego y no le dio más importancia.

CAPÍTULO 2:

LA CENA

Adur estaba tumbado en su cama, esperando que su hermana desocupara el baño. No dejaba de darle vueltas a la pesadilla, «Era todo tan real».

En la puerta sonaron unos golpes que sobresaltaron a Adur. Era Lea, que lo llamaba desde el pasillo para que comenzara a prepararse para la fiesta. Ya eran casi las seis y media de la tarde.

—¡Vamos idiota! ¡Llegarás tarde! —apresuró su hermana mientras no dejaba de aporrear la puerta.

—¡Ya voy, pesada! —devolvió los gritos Adur desde la cama.

Adur se levantó con dificultad. Notaba el cuerpo pesado, como si hubiese hecho un gran esfuerzo. Abrió la puerta de su habitación. Su hermana seguía allí envuelta solamente con una toalla rosa claro que la cubría desde el pecho a las rodillas y otra blanca enrollada en su pelo. Se quedó mirando la cara demacrada de Adur.

—¿Estás bien? —preguntó Lea al ver la mala cara de su hermano. —¿Qué has hecho aquí dentro? Huele a quemado —dijo olfateando.

—Solo me he quedado dormido. —repuso Adur tras echar un ligero vistazo a su dormitorio.

—Prefiero no saber qué estabas haciendo. —dijo Lea antes de marcharse a su habitación.

—No estaba haciendo nada, idiota. —profirió Adur mientras veía a su hermana hacerle gestos con las manos indicando que no

quería saber nada, justo antes de que entrase en su habitación y cerrase la puerta.

Adur cogió sus cosas y entró al baño, abrió el grifo de la bañera para llenarla de agua, cogió un bote de gel de baño y vertió un poco para generar espuma. Necesitaba calmarse. Ese sueño le había perturbado más de lo que quería admitir. En lo que se llenaba la bañera, Adur se quedó apoyado sobre el lavabo y mirándose en el espejo. «Sí que tengo mala cara».

Cuando ya había suficiente agua, Adur se desnudó y se metió lentamente en la bañera. Se tumbó dentro y se quedó relajado por unos instantes. Comenzó a jugar con el agua y la espuma entre sus manos. Alzó el brazo unos centímetros formando una gran burbuja que se quedó admirando unos segundos. La burbuja se deformó ligeramente y de su superficie surgió una pequeña nariz, la silueta de unos labios, un rostro sin ojos definidos, pero inquietantemente humano. Adur destruyó la burbuja de un manotazo. El corazón le latía desbocado, y no sabía si era por el susto o por algo más profundo. El sudor nervioso volvió a recorrer su frente igual que cuando despertó de las pesadillas. Encendió el grifo de agua fría para echarse un poco en la cara, salió de la bañera con restos de espuma por el cuerpo y se apresuró a secarse con una toalla. Se miró en el espejo y le pareció ver que sus ojos habían cambiado de color. «¿Tengo los ojos azules?».

Adur agitó la cabeza y volvió a mirarse en el espejo. Sus ojos volvían a ser marrones, como siempre. Se quedó pensativo mientras observaba su reflejo. «Ha sido mucho estrés en poco tiempo. Mi cerebro está cansado».

Solo necesitaba salir con sus amigos, despejarse y relajarse. Al mirarse al espejo se descubrió una pequeña marca en el antebrazo, como de una pequeña quemadura, «¿Qué es esto?».

Unos golpes en la puerta sacaron a Adur de su trance.

—¡Adur, vamos a llegar tarde! ¡Date prisa! —gritaba Lea desde el pasillo.

Adur miró el reloj que había en el baño; eran las ocho menos cuarto de la tarde. Iba a llegar tarde. Había quedado en verse con sus amigos a las nueve. Se enrolló la toalla en torno a la cintura y salió corriendo del baño, se encerró en su cuarto para terminar de prepararse.

Más tarde, bajó a la cocina, donde estaban su hermana y su madre con la tarta esperando que ambos probaran un trozo antes de marcharse. Lea se había puesto muy elegante para la noche. Llevaba un vestido negro de tirantes que cubría justo por encima de las rodillas y unos tacones bastante altos. De sus muñecas colgaba un amasijo de pulseras doradas y de sus orejas unos pendientes largos y dorados acabados en una pequeña esfera color negro.

—¡Guau! ¡Estás espectacular, Lea! —no pudo evitar decir Adur.

—Gracias, tú también estás genial. Me encanta cómo te queda ese verde. —Lea le dio un beso a su hermano, y luego otro mientras se hacían un selfie.

—Vamos chicos, comed un trocito y a la calle. Esta vez lo hice de chocolate. —dijo Helena.

Estaba orgullosa de sus dotes culinarias, pues no había plato que se le resistiera.

Adur fue a coger un trozo cuando leyó el mensaje que le había dejado escrito su madre con la crema de queso y vainilla. «Te queremos pequeño saca sangre».

—Está riquísima, mamá. —dijo Lea con la boca llena de tarta.

—Ja, ja. —rio Adur en tono irónico.

—Vamos, hijo, es una pequeña broma. No te enfades y come un trozo. —Helena sabía que su hijo se molestaría, pero también sabía que no podía resistirse a sus dulces.

Adur cogió un trozo grande y se lo llevó a la boca engullendo casi el pedazo por completo.

—Está asquerosa, mamá. —contestó burlón Adur mientras masticaba.

—Eso pensaba, os dejaré el resto en la nevera para que tengáis algo con lo que pasar la resaca de mañana.

Mientras Helena guardaba la tarta, sus dos hijos le dieron un beso en ambas mejillas, ambos con la boca llena de chocolate. Le dejaron la cara manchada con trocitos marrones.

—¡Sois unos cochinos! —Helena cogió una cuchara de madera de la cocina y salió corriendo tras sus hijos, pero ellos habían sido más rápidos y ya estaban casi fuera de la casa.

—¡No nos esperes despierta, mamá! —dijo Lea mientras huía de su madre— No queremos que te quedes esperando como una lunática a oscuras en el salón como haces siempre.

—¡No prometo nada! ¡Venga, marchaos ya y pasadlo bien!

—¡Buenas noches, mamá! —gritaron ambos ya desde el coche.

—Buenas noches, chicos. —se despidió Helena de sus hijos moviendo enérgicamente la mano en la que llevaba la cuchara de madera.

Los dos hermanos se subieron al coche y, como de costumbre, era Lea quien conducía.

—¿Dónde te dejas? —preguntó a su hermano mientras se miraba en el espejo de la visera del coche para comprobar que llevaba bien el maquillaje.

—Déjame cerca de la estación de autobuses. He quedado allí con los chicos.

—Muy bien.

Los hermanos salieron de casa. No tardaron mucho en llegar a la estación de autobuses. Adur se bajó del coche y Lea le recordó que se verían luego en Eureka Club. Era un local donde solían realizarse las fiestas de fin de curso. Espacioso y con uno de los mejores dj's de la ciudad.

—No te olvides de lo que me dijiste. —avisó Lea.

—No te preocupes. Allí nos veremos. Prometido. —respondió Adur antes de cerrar la puerta del coche.

Cruzó la carretera y entró en los jardines donde había quedado con sus amigos. Era un parque inmenso. Lleno de árboles y con

una gran fuente rectangular en el centro. Un lugar perfecto para pasear.

Eran las nueve y cuarto de la noche y Adur se apresuró para llegar al punto de encuentro. Allí se quedó junto a la verja esperando a sus amigos, que como de costumbre llegaban tarde. Recorría una línea recta imaginaria de un banco a otro de los jardines mientras no paraba de mirar la hora y el móvil por si recibía algún mensaje de sus amigos. Iban a cenar a un restaurante del centro de Sevilla, debían ir todos elegantes y, por supuesto, debían ser puntuales.

Cuando despegó la mirada del móvil vio llegar a lo lejos saltando y cantando a sus dos mejores amigos, Sara y Mark. Sara solía llevar el pelo negro, aunque lo cambiaba de color con frecuencia. Aquella noche lo lucía borgoña, a juego con su vestido. No era especialmente alta, pero los tacones que llevaba la alzaban hasta alcanzar la altura de los ojos de Adur. Por otro lado, Mark era un chico de origen británico, sus padres se mudaron de Edimburgo a Sevilla hace veinte años, cuando él era aún un bebé, por lo que apenas se diferenciaba de cualquier chico sevillano, salvo por su apariencia poco andaluza. Tenía el pelo rubio ceniza, podía medir casi un metro noventa y un cuerpo en el que se notaban sus dos horas diarias de gimnasio. Al igual que Adur, vestía un traje de chaqueta, pero de color marrón claro. Y fue Mark el primero en saludar a Adur.

—¡Ey! ¡Campeón! —gritó Mark mientras elevaba a Adur por los aires— ¡Enhorabuena!

—¡Bájame, tío! ¡Me vas a arrugar todo! —se molestó Adur.

—¡Perdona, perdona! ¿Quieres un besito? —bromeó Mark.

—No seas idiota, Mark —contestó Sara— ¿No me das un abrazo, guapo? Estoy muy contenta de que por fin hayamos acabado la universidad y que podamos celebrarlo todos juntos. —dijo Sara dirigiéndose a los dos chicos.

—Claro que sí, pero ¿qué te pasa?, no esperaba esta actitud tan formal por tu parte, y menos esta noche. —Adur sospechaba que

algo extraño pasaba. Normalmente Sara era una chica bastante alocada y divertida, poco dada a la seriedad.

Sara hizo una seña a Mark con la mano y ambos soltaron serpentinas sobre Adur mientras lo zarandeaban.

—¡Nunca bajes la guardia cuando yo esté presente! —gritaba Sara con una voz aguda casi chillona.

Los tres amigos se abrazaron como si hubiera pasado una eternidad que no se veían. Mientras, a la distancia iba llegando el resto del grupo, Alana, Iris y Lucas.

Alana e Iris eran mellizas. Mientras Alana tenía el pelo castaño y era de piel morena, delgada y alta con los ojos marrones muy brillantes, Iris era rubia, con los ojos celestes, casi grises, de piel un poco más clara que su hermana y casi la misma estatura. Esa noche Alana llevaba un mono color negro ceñido a la cintura por un cinturón dorado e Iris llevaba un vestido del color de la flor iris, un morado casi azul con unas flores plateadas de hilo muy fino. Por último, estaba Lucas, un chico parecido a Adur, un poco más moreno de piel y pelo castaño. Llevaba también un traje de chaqueta, pero de color burdeos, parecido al vestido de Sara, una camisa blanca, pajarita del mismo color que su traje y unos zapatos de cuero marrón con la punta en pico.

Cuando vieron a sus amigos saltar y abrazarse, se unieron a la fiesta. Aunque ellos también venían lanzando serpentinas y canturreando.

Los seis amigos se sumieron en un abrazo de alegría, cantos y gritos. Todos habían acabado sus estudios universitarios y tenían muchas ganas de celebrarlo. Mantuvieron la vorágine durante un largo rato para, momentos después, comenzar el camino hacia el restaurante. Iban caminando mientras hacían el payaso a la vez que iban con prisas pues no podían llegar tarde al restaurante o perderían la reserva.

Llegaron a la hora justa. Su mesa era redonda y estaba decorada con servilletas en forma de cisne y un gran centro de mesa con

variedad de flores en tonos claros. Nada más sentarse pidieron unas tres botellas de vino y varios platos para compartir. Al acabar la cena siguieron con un par de chupitos de esos que invita la casa. La cena transcurrió con normalidad, entre charlas, bromas y algún que otro brindis.

—¡Por nosotros, porque nos esperan grandes cosas! —gritaba Lucas entusiasmado mientras alzaba una copa al aire seguido por el resto de los presentes en la mesa.

Antes de marcharse del restaurante las chicas fueron al baño a retocarse el peinado y el maquillaje.

—Ahora volvemos, dadnos un minuto. —dijo Sara mientras cogían sus cosas y se dirigían a la puerta del baño de chicas.

—No os vayáis sin nosotras o... habrá consecuencias —Iris guiñó un ojo de modo burlón.

Entretanto, los chicos se quedaron en la mesa y siguieron la conversación.

—¿Sabes algo del hospital? —preguntó Lucas a Adur.

—No, aún no, pero no creo que tarden mucho más en darme una respuesta. Espero empezar a trabajar en pocas semanas. ¿Y a vosotros os han dicho algo de vuestras prácticas?

—Yo empezaré en dos semanas con un contrato de sustitución de vacaciones de un par de meses en la última empresa que estuve de prácticas. Espero no liar la el primer día. —bromeó Mark.

—Yo aún tengo que empezar a enviar currículums. Podrías decirle a tu madre que me echara una manita, ¿eh, Adur? —dijo Lucas.

—Claro, por supuesto. Hablaré con ella, igual puede conseguirte un puesto de ayudante de limpieza. —bromeó Adur.

—¡Serás idiota! Venga, tío, hablo en serio. —dijo Lucas ligeramente abatido.

—No te preocupes, hablaré con ella a ver si puede echarte una manita, jajaja.

—¡Gracias, tío! ¡Te debo una! —dijo un Lucas más ilusionado.

—No lo olvides. —dijo Adur, guiñándole un ojo a modo de broma.

Lucas había estudiado historia y arqueología y la madre de Adur tenía gran influencia en lo que a historiadores se refería. Era considerada una de las historiadoras más importantes del país, y su marido fue uno de los arqueólogos más prestigiosos, hasta su desaparición.

Las chicas salieron del baño entre risas y haciendo gestos a los chicos para que se apresuraran a levantarse y todos juntos se marcharon del restaurante.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Mark desconcertado.

—¿Qué habéis hecho ya? —siguió Adur con el interrogatorio.

Las chicas no paraban de reír, pero no decían el motivo.

—Venga, ¿nos lo vais a contar o qué? —insistió Adur.

—Estábamos en los lavabos del baño cuando entró una chica con una pinta muy rara y Alana le dijo «Eh, qué disfraz más chulo, ¿dónde es la fiesta de disfraces?» —las chicas estallaron en risas, salvo Alana, que se ruborizó.

—Lo decía totalmente en serio, y la chica la miró como si fuera a darle una paliza. Hemos salido corriendo del baño. No podíamos aguantar la risa. —siguió su hermana Iris contando el motivo de las carcajadas.

—Vale, sí, muy gracioso. Ja ja. ¿Podemos irnos ya? No quiero cruzarme a esa chica de nuevo. —dijo Alana un poco molesta.

—Sí, estamos esperando al taxi. No te preocupes, tú ponte detrás de nosotros por si aparece la chica del disfraz. —se burló Lucas.

Alana golpeó el brazo de Lucas con su bolso.

—¡Au! —gritó Lucas mientras se frotaba el brazo.

—Eso te pasa por idiota —dijo Alana algo enfadada.

Esperaron unos pocos minutos en la calle a que su taxi llegara para dirigirse al lugar donde estaban todas las fiestas de fin de curso.

Justo antes de subir, Adur se fijó en la marquesina de enfrente, le pareció ver al chico de ojos verdes observándolos a lo lejos, entre la gente. Parpadeó un instante y ya no estaba allí. Adur se quedó a medio subir en el taxi.

—Vamos, Adur, ¿a qué esperas? —apremió Sara.

Adur volvió a echar un vistazo a donde creía haber visto al chico antes de subir al coche.

CAPÍTULO 3:

LA FIESTA

La plaza principal donde comenzaban las fiestas era una larga avenida repleta de pubs y discotecas para todos los gustos, y algún que otro puesto de comida rápida a los que acudir para combatir el hambre después de largas e incansables horas de baile, alcohol y desenfreno. Decenas de locales con sus carteles luminosos donde se anunciaban también salas con karaoke y bares de ambiente más populares del momento, donde se reunían la mayoría de los jóvenes que querían disfrutar de una noche loca. La avenida había sido invadida por multitud de jóvenes que se agrupaban cada uno con sus peculiaridades, pero todos con algo en común; todos querían disfrutar de la fiesta más grande de sus vidas.

Varios coches contribuían al bullicio de la multitud con varios estilos musicales, confiriendo al momento un caos sonoro que los allí presentes parecían no apreciar. Los grupos de jóvenes iban y venían con sus copas llenas en la mano, charlando los unos con los otros; algunos grupos ya se conocían, otros habían tenido su primer contacto, otros bailando en medio de la calle dotaban al lugar con un toque circense. Eran las once y media de la noche cuando los chicos llegaron a la avenida. Localizaron un espacio en forma de semiluna con un par de bancos de mármol blanco rodeado de arbustos de un metro que les daban intimidad sin estar fuera del ambiente festivo. Se sentaron, dejaron sus cosas

allí y comenzaron la búsqueda de sus compañeros de clase entre la marabunta de estudiantes.

En su busca se cruzaron con varios compañeros de sus distintas universidades y saludaron a otros viejos amigos de instituto que se graduaban también ese mismo año. Fue un largo camino hasta llegar a la barra del bar que había en la calle donde poder comprar las bebidas. Cuando las compraron, volvieron a hacer el engorroso camino de vuelta al sitio que habían encontrado para asentarse y comenzar a beber. Junto a ellos había varios grupos de universitarios y otros que hacía tiempo dejaron de serlo. Entre ellos estaba el grupo de amigos de Lea, la hermana de Adur, que al verlos se aproximó veloz. Lucas y Mark ya estaban dando sus primeros sorbos a sus bebidas cuando apareció la hermana de Adur.

—¿Dónde está mi hermanito? Quiero presentarle a alguien.
—dijo Lea haciendo un repaso ligero con la mirada.

Adur salió detrás de sus amigos.

—¿Qué pasa, Lea? —dijo este sorprendido de haber coincidido tan pronto con ella.

—Este es Marcos. —dio un agarrón al brazo de un chico que andaba tras ella y tiró de él hacia adelante—. Es el chico con el que estoy saliendo.

—¿No decías que no tenías novio? —preguntó su hermano extrañado.

—Y no lo tenía... hasta hace poco. —apuntó Lea—. Llevamos unos meses quedando y conociéndonos.

—Encantado, soy Adur, el hermano de Lea. —dijo extendiendo la mano.

—Igualmente —logró decir tímidamente Marcos.

—Luego nos vemos, idiota. —se giró junto a Marcos en la dirección contraria al pequeño espacio del que se habían apoderado los amigos de Adur—. No os paséis bebiendo —dijo mientras se alejaba.

Lea se fue con su novio a reunirse con sus amigos. Hacía dos años que había terminado sus estudios, y ahora trabajaba en el mismo lugar que su madre, pero adoraba las fiestas universitarias y se apuntaba a todas las que podía. Mientras tanto, Adur y sus amigos comenzaron a vaciar las bebidas que habían comprado, charlando con todo el que se cruzaba por allí. Era un grupo de lo más amigable.

Las horas pasaban sin que se dieran cuenta y ya era poco más de las tres de la madrugada y la gente comenzaba a entrar en las distintas discotecas y, como Adur le había prometido a su hermana, ellos se dirigieron a Eureka Club, la sala de moda del momento.

Un local amplio con espejos por todas las paredes. Había varios espacios, con distintos ambientes. Cada uno con su música. Abundaban las luces parpadeantes. La sala principal, a la que se dirigían Adur y sus amigos, era un círculo inmenso, con otro más pequeño en el centro en el que había una plataforma, también circular, iluminada por luces blancas. En lo alto se encontraba el DJ, iluminado por una fuerte luz blanca desde arriba y varias luces de color morado desde abajo, proporcionándole todo el protagonismo. El espacio estaba totalmente ocupado por chicos y chicas entre dieciocho y veintipocos años. Adur y sus amigos estaban suficientemente ebrios como para que todo les diera igual.

Entraron y dejaron sus cosas en el guardarropa. Una vez dentro se fueron hacia el centro de la pista y bailaron como si no hubiera un mañana. Todos con todos, luego Adur con Sara, Alana con Mark y Lucas con Iris. Luego se unieron otros grupos de amigos que se quedaban un momento y se volvían a marchar. El baile comenzaba a ser un caos desenfrenado de cuerpos que perdían el sentido del tiempo y el espacio.

Lucas se separó del grupo para dirigirse a la barra a por una copa más. Apoyado sobre la barra había un chico con un aspecto fuera de lo común. Pero Lucas no sabría decir por qué. El chico de la barra comenzó a hablar con él.

—¿¡Lo pasas bien!? —preguntó el extraño, sin separarse de la barra, alzando la voz lo suficiente para que se le pudiera escuchar.

—¡Sí, tío! ¡Genial! ¡De las mejores fiestas de mi vida! —contestó Lucas acelerado por la noche.

—¡Me alegro! —hizo una pausa breve antes de preguntar, acercándose más a Lucas y hablando más bajo—. Ese chico de verde, ¿es amigo tuyo? —preguntó interesado.

—¿Adur? Sí, es de mis mejores amigos. —contestó Lucas, orgulloso—. ¿Quieres que te presente?

—No te preocupes. —Sacó su cartera de uno de los bolsillos de su pantalón—. A esta invito yo.

El chico misterioso avisó al camarero y pagó las copas.

—¡Gracias, tío! me caes bien, si quieres puedes unirme a nosotros. —dijo Lucas, con voz ebria.

—De nada y gracias, pero estoy con unos amigos. —El chico rechazó educadamente la invitación y volvió a su copa.

Lucas se separó de la barra para volver con sus amigos y se giró para preguntarle cómo se llamaba, pero el chico se desvaneció en el aire. Volvió a girarse haciendo un gesto despreocupado con la cabeza y se reunió con sus amigos esquivando la locura desatada en la discoteca. Llegó hasta sus amigos sin derramar ni una gota de la copa y comenzó a relatarles lo que acababa de pasar.

—¡Tíos, tíos! ¡No lo vais a creer! He llegado a la barra y pedí las copas y había un chico súper extraño, empezó a hablarme y a preguntarme por ti, Adur y le ofrecí venir con nosotros, pero se negó y pagó nuestras copas y ¡luego desapareció! —Lucas parecía que iba dando chispazos.

—No flipes, ¿y quién ha sido ese chico misterioso? —preguntó Alana.

—No flipo, ha pasado tal cual os lo he contado. Pero no sé dónde está ahora, acabo de deciros que desapareció. ¿¡O no me escuchas!? —gritaba Lucas, molesto. Odiaba cuando no le tomaban en serio.

—Bueno, pues brindemos por él, que majó el chico. —Dijo Sara.

Todos bebieron un largo trago.

—¿Y qué quería de mí ese chico? —preguntó Adur a Lucas al oído para que pudiera escucharle sin tener que gritar demasiado.

—No lo sé. Le pregunté si quería que te presentase. Se le veía bastante interesado, pero me dijo que no hacía falta.

—¿No sería un loco? ¿verdad? Y, ¿era guapo? —preguntó Adur entre la broma y la curiosidad.

—No sé decirte, tío, voy demasiado pedo ya, solo pude fijarme en que tenía el pelo negro, las orejas puntiagudas y unos ojos verdes impresionantes.

Adur sintió un escalofrío. Esa descripción coincidía con la del chico del tren. Las preguntas brotaron a chorro en su cabeza, «No puede ser, ¿qué hacía ese chico en estas fiestas universitarias y qué quería de mí?».

Dudaba que se hubiera fijado en él. Apartó todo pensamiento del chico misterioso y volvió a su fiesta, a sus amigos y a su hermana que se acercaba y se marchaba constantemente con su novio.

Al grupo se unió el chico con el que estaba tonteando Sara y la chica con la que salía Alana. Ambas se fueron con sus parejas al centro de la pista. Comenzaron a bailar de forma provocativa, casi erótica. Nadie se esperaba eso de ellas, eran chicas muy echadas para adelante, pero nunca habían hecho nada por el estilo en público, ni siquiera delante de sus amigos cuando se reunían en la casa de alguno. La sorpresa se reflejó en la cara de todos. Sin embargo, la fiesta siguió su curso, a punto de alcanzar su punto álgido.

Adur se retiró un momento del grupo, necesitaba ir al baño con mucha urgencia. Entró en uno de los urinarios cerrados, escuchó que alguien más entraba y se metía en el cubículo de al lado. Cuando terminó, salió a lavarse las manos y a refrescarse un